

diera que estaban al alcance intelectual de sus súbditos. Esta doctrina tenía para Alejandro el atractivo especialísimo de disimular perfectamente su proyecto de hegemonía rusa sobre toda la Europa; pero se estrelló como sus demás innovaciones, en Francia, en la península ibérica, en Italia y en Alemania, contra obstáculos insuperables, ya particulares del modo de ser de cada nación, ya personales del respectivo monarca, ya creados por la diplomacia del Austria y de la Inglaterra. Finalmente, Metternich consiguió con su sutileza curar al czar de sus fantásticas veleidades liberales y hacerle paladín decidido y declarado del absolutismo gubernativo.

CAPITULO II

FRANCIA (1)

La lucha que desde la creación del nuevo orden de cosas en 1815 se entabló entre las ideas viejas y las nuevas, no tuvo en ningún país incidentes y resultados tan notables como en Francia.

Es un hecho admitido que la inmensa mayoría del pueblo francés sintió á la caída de Napoleón en 1814 un alivio como si se libertara de un peso que le oprimiese, y recibió con franca alegría á los Borbones, restablecidos en el trono de sus mayores no tanto por la voluntad de los vencedores como principalmente por la fuerza de las circunstancias, porque eran realmente, como dijo Benjamin Constant, «la familia indiscutida». Pasada, sin embargo, la primera alegría del restablecimiento de la paz, empezaron los franceses necesariamente á reparar en los sacrificios inmensos que esta paz les había costado, no siendo el menor la altura gloriosa de la cual la Francia había caído, y cuando al mirar á su alrededor no vieron, fuera de la paz material, ninguna otra compensación de la gloria perdida, y en cambio vieron los males antiguos restablecidos, las torpezas de los Borbones y las mucho más insoportables de los emigrados que habían regresado á su patria, no podían menos de manifestar su disgusto cada vez mayor y culpar de todo á la dinastía restablecida, tanto más cuanto que nadie ignoraba que sus individuos y parciales habían saludado con alegría todas las victorias de los enemigos de su patria. Este sentimiento impidió que las libertades políticas concedidas á la nación llegaran á producir en ella satisfacción ninguna, á pesar de ser mayores que todas las que hasta entonces había gozado el pueblo francés. Quizás habríanse amalgamado lentamente, en el transcurso del tiempo, los dos principios, el trono hereditario, producto de otras épocas, y el gobierno constitucional, á no haber vuelto Napoleón súbitamente á Francia, con lo cual añadió á las grandes desgracias que había causado al país, la mayor de todas, no tanto porque costó á la nación francesa la jornada de Waterloo y la consiguiente paz, mas onerosa que la primera, sino porque encontró con su segundo imperio de cien días todas las heridas que los sucesos anteriores habían inferido al cuerpo de la nación. Este episodio creó compromisos que imposibilitaron en adelante toda inteligencia entre los defensores de los dos principios opuestos, porque los liberales, que en los cien días habían prestado su apoyo al partido napoleónico, al hacerse la segunda paz fueron considerados con razón por los realistas como enemigos declarados é incorregibles, y su sistema parlamentario, que á la reaparición de Napoleón no resistió un instante á la férrea mano de aquel hombre atrevido, no pasó de una ilusión.

(1) Las dos obras principales sobre la historia de la restauración son las dos siguientes: Vieil-Castel, *Histoire de la Restauration*, 22 tomos, y Davergier d'Hauranne, *Histoire au gouvernement parlementaire en France*, 10 tomos.

Dueños otra vez los realistas de la situación, no pudieron dominar su odio á los liberales, que tan fácilmente habían abandonado el orden establecido, y en la Provenza y el Languedoc, donde la población continuaba siendo fanática por instinto, llegó el odio á su colmo al saberse la derrota de Waterloo, y pasó á vias de hecho. En Marsella empezaron los voluntarios realistas á caer sobre los bonapartistas, liberales y protestantes, matando, saqueando y cometiendo toda clase de atrocidades análogas á las de los rojos en 1793 y pronto se generalizó la persecución en todo el Mediodía de Francia. En Aviñón, además de las víctimas locales, fué despedazado por el pueblo enfurecido el mariscal Brune, que desgraciadamente pasó entonces por aquella ciudad; igual suerte tuvo en Tolosa el general Ramel, y tampoco pudo contener al pueblo exaltado el duque de Angulema, que á la primera noticia había acudido desde Madrid. En Nîmes y Uzés se cometieron tantas ferocidades que las tropas austriacas, que habían quedado en Francia hasta el completo pago de la indemnización de guerra, tuvieron que ocupar de nuevo aquellas poblaciones. Menos sangrienta, pero general también, fué la anarquía católico-realista en los departamentos del Oeste.

Las explosiones del furor popular son transitorias y la de que se trata fué dominada como todas; pero la que continuó adelante con paso imperturbable fué la reacción realista. El gobierno de los cien días la había exacerbado tanto que los reaccionarios se propusieron seriamente hacer retroceder á Francia al estado en que se hallaba antes de 1789, sin exceptuar la propiedad de los bienes confiscados, aunque ya habían pasado por muchas manos y con arreglo á la ley. Hubo nobles que, atropellando por todo, se apoderaron de las haciendas que ellos ó sus mayores habían poseído antes de la revolución, expulsando á la fuerza á los propietarios que encontraron en ellas, y en virtud de sus antiguos privilegios se negaron á pagar los impuestos y reclamaron de sus súbditos las prestaciones de jornales y otras servidumbres. Bajo el grito de guerra: «Restauración de los derechos del trono y del altar.» entendían los realistas el restablecimiento de los privilegios de la nobleza y del clero, es decir, el restablecimiento de la nobleza y del clero como instituciones independientes, como estados dentro del Estado. La inmensa mayoría del pueblo francés lanzó el grito de resistencia á todo trance al verse despojada súbitamente de la conquista más preciosa de la revolución por una minoría que, después de una larga ausencia, durante la cual nada había aprendido ni olvidado, se había vuelto á introducir en su seno como un elemento extraño é incomprensible por su carácter é ideas para la nueva generación francesa, y que pretendía imponerse á toda la nación con dominio absoluto. Desde entonces se transformó la lucha de partidos en lucha de clases, y en ambos campos se exacerbó tanto que los combatientes echaron mano de todas las armas, sin reparar en su calidad, quedando entre los dos bandos contrarios en lugar de un terreno neutral donde hubiera sido posible entablar una reconciliación, la dinastía borbónica, incapaz de amoldarse á las nuevas circunstancias, mas juguete que freno de los partidos contendientes y dominada por recuerdos siniestros, porque desde su palacio de las Tullerías podía ver el sitio donde había muerto decapitado Luis XVI.

El rey Luis XVIII no participaba del furor realista de sus servidores, porque discípulo de la filosofía del siglo pasado, católico riguroso en apariencia porque así correspondía á su posición, era en el fondo volteriano. Hombre egoísta é incapaz de sentir afecto verdadero á nadie ni á nada, manifestaba opiniones moderadas por cálculo y repugnancia á toda molestia que le privara del goce tranquilo de la vida. Sabía



Luis XVIII, rey de Francia

Copia del grabado hecho en 1818 por P. Audouin en vista del cuadro original pintado en 1815 por A. J. Gros

como el primero que toda tentativa de detener y volver atrás la corriente democrática había de ser pagada cara por sus autores; y venciendo y acallando su ilimitado orgullo borbónico, incompatible con la menor idea liberal, creía que era mejor ser rey constitucional que no ser mas que un mero particular, y para conservar tan buena posición decía á sus servidores enardecidos: «Concordia y olvido.» Pero su voz se perdió en el espacio.

El jefe activo del partido ultra-realista era el conde de Artois, hermano del rey, llamado segun la antigua etiqueta Monsieur, dos años mas joven, y que por no tener el rey sucesión directa, era el heredero presunto de la corona. El conde de Artois, despues de una vida disoluta, se habia hecho devoto, y á fuerza de costumbre, devoto sincero, conservando en su exterior y porte todos los rasgos del antiguo aristócrata. A este carácter correspondian sus principios políticos, estrechos, completamente anticuados, pero que llenaban todo su cerebro sin dejar el menor sitio para ninguna idea moderna. El mayor de sus dos hijos, el duque de Angulema, hombre sensato pero torpe, consideró lo mas prudente someterse ciegamente á la voluntad del rey, para evitar así toda colisión con su padre y con su esposa, hija de Luis XVI, cuyo carácter, de sí poco agradable, habian agriado las duras pruebas por que habia pasado. El hermano menor del duque de Angulema, el duque de Berry, era demasiado frívolo y superficial para tener importancia en la historia de la restauración de su casa.

El rey habia dado al ministerio Talleyrand-Fouché al nombrarlo el 10 de julio, la misión precisa de garantizar la seguridad de los hombres que habian tomado parte en la revolución, y al propio tiempo, satisfacer á los realistas victoriosos y enfrenar sus demasías, dejando en todo colocado al gobierno en terreno neutral. Fijada así su línea de conducta, el nuevo gobierno publicó las dos reales órdenes del 21 y 24 de julio mandando prender y someter á un consejo de guerra á 19 personas comprometidas en el episodio napoleónico de los cien dias, poniendo otros 38 individuos interinamente bajo la vigilancia de la policía y borrando de la lista de los pares á 29 individuos de esta cámara porque habian ocupado puestos en la del segundo imperio. Estas listas fueron obra de Fouché, que tuvo en ellas mas en cuenta sus rencores y odios personales que la causa que representaba; pero aunque no hubiera sido así, no habria podido contentar á los realistas rabiosos. Sin embargo, este primer paso suscitó dificultades que podian dar ya una idea aproximada de la resistencia que el gobierno encontraría en la senda emprendida. En el ejército fué donde se manifestó la indignación mas formidable; el mariscal Davout dimitió el mando en jefe y pidió que se incluyera su nombre en la lista, al lado de los militares sus compañeros de glorias y fatigas. A esta demostración siguieron otras, y ante manifestaciones tan graves dióse el gobierno prisa á organizar la representación nacional para relevar al rey de la dictadura forzosa de que la fuerza de las circunstancias le habia revestido y que habia querido usar con moderación en sentido liberal y por el tiempo mas corto posible. No convocó la cámara de 1814, sino otra nueva, donde en lugar de 262 figuraron 402 representantes, elegidos segun una nueva ley electoral tambien que rebajaba la edad mínima de elegibilidad de 40 á 25 años, conservando en todo lo demás la ley electoral del imperio. El 17 de agosto se publicaron los nombramientos para la nueva cámara de los pares en número de 94, entre los cuales pertenecía la mayor parte á la antigua nobleza cortesana y una pequeña parte al ejército y á la administración del imperio. La dignidad de par era hereditaria y suponía la propiedad de un mayorazgo.

El gobierno esperaba una cámara de diputados algo liberales y hasta temía que lo fuera demasiado; pero con el mayor asombro suyo salieron las elecciones decididamente á favor del partido realista, resultado que causó trasportes de alegría á la corte y á todos los antiguos emigrados y que se explica por ser el partido realista el único compacto y organizado mientras los contrarios estaban á la sazón intimidados ó fuera de combate. Además no faltaron abusos y arbitrariedades brutales, y hay que tener tambien presente que, segun se ha observado varias veces, en ningun país como en Francia la masa de la población se deja llevar mas completamente del éxito.

Talleyrand empezó á temer por su puesto, y con razón, y no le valió desembarazarse de su execrado compañero Fouché, enviándole de embajador á Dresde, porque Luis XVIII solo le aguantaba á su lado porque le creía indispensable para sus relaciones con las potencias extranjeras. Pero el emperador Alejandro repugnaba tener relaciones con el firmante del tratado de Viena del 3 de enero, y recomendó en su lugar, por sus especiales cualidades y al propio tiempo como medio de obtener de los aliados una rebaja de las condiciones de paz, al duque de Richelieu, el cual durante su emigración se habia granjeado la entera confianza de Alejandro, que le habia nombrado gobernador de Crimea. El rey entonces aceptó y el duque se puso á la cabeza del ministerio el 25 de setiembre.

El duque de Richelieu era hombre de conducta intachable; caballero, desinteresado, íntegro é inaccesible á la codicia que en tiempo del imperio manchó á los funcionarios mas elevados; además tenia un perfecto conocimiento de las exigencias de la época y el talento y habilidad necesarios para realizar las reformas convenientes dentro de los límites que imponían las circunstancias. Pero le faltaban dos cosas principales: el brazo de hierro para rechazar inexorablemente las embestidas incesantes de los fanáticos impacientes de toda clase que le asediaban por todos los lados, y el conocimiento perfecto del terreno que pisaba, conocimiento que no podia tener despues de 25 años de ostracismo. Su talento era demasiado grande para no conocer estos sus flacos, y no teniendo ambición personal alguna habia resistido mucho tiempo á las súplicas del rey y cedido finalmente á ellas á consecuencia de la promesa del emperador de apoyarle en interés de la Francia en sus negociaciones con las otras potencias. Junto con él entró en el ministerio en calidad de prefecto de policía Decazes, funcionario hábil, que en cortísimo tiempo supo conquistarse el afecto del rey por su incomparable flexibilidad, que le hacia mas apto que ningun otro para vivir en la corte. Las carteras de Guerra, Marina é Interior fueron confiadas respectivamente al duque de Feltre, Dubouchage y el conde de Vaublanc, los tres ultra-realistas.

Para dar vida á la nueva situación habria sido menester que todos hubieran tenido buena voluntad, mucha prudencia y gran moderación; pero en el estado en que se hallaban las cosas sucedió á los franceses lo que á los judíos cuando de regreso del cautiverio tuvieron que reconstruir el templo con la pala del albañil en una mano y la espada en la otra. Para fundar el nuevo régimen constitucional, los franceses debían tener siempre la mirada fija en los apasionados prohombres del régimen antiguo, que no se contentaban con atacar á uno ú otro ministerio sino que hacían una guerra á muerte al principio moderno por que habia de regirse en adelante la Francia. Humeaba todavía la sangre vertida por los realistas en el Mediodía cuando la prensa del mismo partido continuaba excitando á los suyos en artículos furibundos á aniquilar todo cuanto habia engendrado la revolución. La tormenta creció y los ministros cedieron á la presión, los

unos con sentimiento, los otros con alegría. Las delaciones y acusaciones menudearon y las cárceles de toda la Francia se fueron llenando de millares de presos políticos; el ministro de la Guerra destituyó á oficiales y jefes en masa, el del Interior hizo lo mismo en la administracion y ambos llenaron las vacantes con personas de su partido, sin atender á méritos ni capacidades.

Hay que advertir que todos estos partidarios fanáticos del antiguo régimen lo eran de la nueva situación por sus intereses particulares, porque ninguno de ellos había mostrado al rey en el destierro la fidelidad de que tanta gala hacían á la sazón. Todo el mundo sabía que solo habían mirado por sí, y que á ninguno de ellos debían los Borbones su restablecimiento en el trono, sino á los partidarios cansados de la revolución y del imperio.

A la reacción política y civil se juntó la clerical, pues que sin el apoyo del clero no había que pensar en dominar al monstruo de la revolución, según lo habían demostrado los sucesos cuando la vuelta de Napoleón de la isla de Elba. La Iglesia, que había atravesado inquebrantable la revolución con sus terribles tempestades, era el único poder que unido al civil podía restablecer y volver á la buena senda á la nación francesa extraviada. Cesó la separación de la Iglesia y del Estado, que había durado ya tanto tiempo y había pasado á la legislación, y se verificó la alianza íntima entre ella y el Estado. Para esta alianza íntima cuadraba perfectamente la religión teatral que Chateaubriand había puesto en moda con su *Genio del Cristianismo*. Esta moda invadió rápidamente todo el país, en todas partes se despertó un gran celo religioso y hasta los aristócratas más frívolos y ligeros hablaban en términos edificantes y cumplían con ostentación las ceremonias exteriores del culto. La devoción era la escala por la cual se llegaba á hacer carrera y fortuna, y todo el mundo se precipitó á hacerse devoto para medrar. No se hablaba más que de conversiones, regimientos enteros se decía que se habían convertido á la vida devota y el hombre convertido llegó á ser la figura típica de la época. Los prelados tronaban en sus pastorales contra la tolerancia religiosa y pedían que los protestantes santificasen todas las fiestas de la Iglesia católica suspendiendo todo trabajo y comercio, las misiones trabajaban con todo el boato posible, se erigieron cruces en todas partes con gran solemnidad y con asistencia de las autoridades, y hasta la corte, presidida por el rey y con los correspondientes cirios en la mano, tomaba parte en las procesiones que recorrían las calles de París, sin temor á las sátiras de aquella población tan dada á ridiculizarlo todo.

Uno de los instrumentos más poderosos y eficaces para la reacción fué la *Congregación*, producto de la fusión de dos sociedades religiosas secretas, una fundada por el jesuita Ronsin en tiempo de la república para dedicarse á ejercicios de religión y de piedad, y otra que se había organizado hácia el fin del imperio con el objeto de facilitar las relaciones del papa, entonces prisionero, con los fieles. Esta congregación, hasta entonces secreta, salió en 1814 á la luz del día para dedicar su actividad también á objetos políticos. Perfectamente organizadas las sociedades de que se componía, extendidas por todo el país y apoyadas por personajes elevados, no tardaron en adquirir gran poder y sin su protección era imposible hacer carrera ni lograr nada. La cabeza visible de la congregación era el conde de Artois, que por medio de ella, de los tres ministros que eran de su partido y de su cargo de comandante general de toda la guardia nacional del reino, adquirió una significación y poderío demasiado grandes para su capacidad limitada. En el destierro había trabajado ya independientemente de su hermano, ha-

ciéndose centro de todas las intrigas y conspiraciones de los emigrados, y cuando vió que su hermano el rey observaba cierta moderación prudente, creyó en peligro el trono que él ó sus hijos estaban destinados á ocupar en su día, y desde entonces trabajó más que nunca en favor de su ideal reaccionario. Así no tardó en haber dos gobiernos en Francia, el del rey y el de su hermano, siendo el de este último entonces el más poderoso y sus jefes intelectuales los dos diputados Villele y Corbière, el ministro sin cartera Vitrolles, el fogoso La Bourdonnaye, el ingenioso pero fanático Bonald, y Chateaubriand, el célebre y ultra-vanidoso autor y poeta que después de haber probado en vano fortuna cerca de la persona del rey, como también la había probado con idéntico resultado cerca de Napoleón, se agregó despedido á los ultra-reaccionarios.

Estos, apenas abiertas las cámaras, se dirigieron impacientes é impetuosos á su objeto. En la de los pares empezaron La Bourdonnaye y el príncipe de Polignac con no querer jurar la constitución sino con la reserva de sus deberes para con la Iglesia católica (1); el conde de Artois apoyó su pretensión, pero la cámara votó en sentido contrario. El duque de Orleans, por haber manifestado en esta ocasión, como en la discusión de la contestación al discurso de la corona, ideas moderadas, tuvo que volver á expatriarse á consecuencia de una indirecta del rey, y regresó á Inglaterra, de donde hacía poco que había vuelto á Francia.

Con su voto había probado la cámara alta que entonces preponderaba en ella un sentido de prudencia y de moderación; más no la imitó la cámara de diputados, compuesta de una inmensa mayoría de ultra-realistas, segundones y tíos de las familias aristocráticas; de los emigrados y empleados del antiguo régimen, personas desconocidas, sin práctica ni conocimientos de los negocios, pero que ahogaron completamente la voz de la exigua minoría, en la cual descollaban Royer-Collard, Serre y Pasquier. El gobierno presentó tres proyectos de ley, uno contra las proclamas y excitaciones sediciosas, otro de autorización al gobierno para prender á todo aquel á quien creyera peligroso para la seguridad pública, y el tercero autorizando también el establecimiento de tribunales excepcionales, principalmente para someter á ellos á los comprometidos en la conspiración napoleónica del mes de marzo. A pesar de ser durísimas estas leyes y más las penas que fijaban, no satisficieron á los realistas furibundos, los cuales pedían que se castigase la sedición como el parricidio y el uso de la bandera tricolor con la pena de muerte, en lugar de la de deportación como pedía el proyecto de ley. Hasta se oyeron y propagaron voces amenazadoras pidiendo la restitución de los bienes confiscados por la revolución á los emigrados y el restablecimiento de la legislación antigua. Entonces empezó á alarmarse la nación entera y de esta alarma participó el rey, que poco antes había alabado á la cámara calificándola de *chambre introuvable*, es decir, cámara como no se hallaría otra, y después le daban mucho en qué pensar sus tendencias cada día más visibles á invadir las prerogativas de la corona, no menos que el creciente poder de su hermano, reconocido públicamente por los ultra-realistas como su jefe verdadero. Todo esto contribuyó á confirmar á Luis XVIII en su política de moderación.

Había sesiones en que las discusiones eran tan acaloradas como las más feroces de la Convención; pero á pesar de esto el país apartó por un momento su atención de aquellas escenas para dirigirla á los dos sentenciados á muerte por delito

(1) Así dice el mismo Polignac en sus *Etudes historiques*, tomo 1.º, pág. 194 y nota 6.ª, y añade que estaba convenido que todos los de su fracción hiciesen la misma reserva, pero que solo él y La Bourdonnaye cumplieron el convenio.

de alta traición en la real orden de 21 de julio, á saber, el mariscal Ney y Lavalette, ex-director de correos, acusado este último de haber abusado de su posición oficial para preparar la vuelta victoriosa de Napoleón. Ney, lo mismo que el coronel Labedoyère, sentenciado á muerte por un consejo de guerra en 19 de agosto, cayó por su imprevisión en poder del gobierno. Se había ocultado en el castillo de Bessonis, en la Auvernia, y el gobierno no tenía el menor deseo de encontrarle, tanto que el rey al saber su prisión dijo: «Nos ha hecho mayor mal dejándose coger que nos hizo el 13 de marzo.» Para mayor desgracia siguió Ney el consejo de sus defensores Berryer y Dupin, no reconociendo competencia en el tribunal militar formado de mariscales, con lo cual hizo á estos compañeros suyos un grandísimo favor, porque no le juzgaron, y estaba muy lejos de sospechar que otro tribunal le condenara. Este otro tribunal fué la cámara de los pares, ante la cual los defensores del mariscal emplearon en vano toda su habilidad para salvar á su cliente. Cuando todos los recursos fallaron, probó Dupin el último, observando que Ney ya no era súbdito francés pues que era natural de Saorlonis, ciudad prusiana desde el tratado de paz. Entonces levantóse el acusado todo indignado y declaró lleno de coraje patriótico que él era francés, aunque le costara la vida. Ni este arranque, noble en apariencia, porque no fué sino una farsa convenida entre él y su defensor, le sirvió de nada (1), y el 7 de diciembre murió fusilado el infeliz en el jardín del Luxemburgo, porque el rey, temiendo parecer débil á los suyos, no se atrevió á usar de su derecho de gracia. La ejecución del vencedor del Moscú causó, efectivamente, tan gran conmoción en el pueblo francés que le hizo olvidar sus culpas y convirtió al militar rudo y codicioso en un héroe y mártir nacional. La tirantez había llegado á tal extremo que la sola mención de las glorias militares de la Francia republicana é imperial era mirada como un insulto hecho al gobierno existente, y por otra parte, la manifestación de sentimientos monárquicos era considerada en el campo liberal como una traición á los timbres nacionales más gloriosos.

El fusilamiento de Ney había concluido de hacer impopulares á los Borbones.

Lavalette fué condenado también á muerte, aunque su culpabilidad no podía equipararse ni con la de Labedoyère ni con la de Ney. El rey tampoco se atrevió á usar de su prerogativa por miedo á los ultra-realistas, pero el sentenciado, la noche antes de su ejecución consiguió evadirse del calabozo por medio de una estratagema de su esposa; pasó quince días oculto en el edificio del ministerio de Negocios extranjeros y al cabo de ellos pudo salir de París y pasar la frontera con el auxilio de tres oficiales ingleses, Wilson, Bruce y Hutchinson. El furor de los ultra-reaccionarios no conoció límites al saber que la víctima se les había escapado; acusaron á los ministros de haber favorecido su huida y arrancaron al gobierno nuevas proscripciones bajo el nombre de exclusiones al decretar una nueva ley de amnistía. Los 38 individuos de la segunda lista de la real orden de 24 de julio fueron desterrados y sus bienes, lo mismo que los de la familia Bonaparte, confiscados. Larga fué la lista de personas que llevaban nombres célebres que marcharon al destierro, y para aumentar el número de los excluidos de la amnistía apresuróse el ministro de la Guerra á dirigir por el telégrafo aéreo órdenes á todas partes para encausar á toda prisa un gran número de nuevas víctimas, con lo cual se prolongaron estas causas odiosas por algunos años.

Sería injusto atribuir á todos los reaccionarios móviles puramente egoístas y bajos, que por cierto eran los de un

(1) Véase Dupin, *Mémoires*, tomo 1.º, pág. 425.

gran número; pero la mayor parte eran personas honradas, convencidas de la legitimidad de sus derechos, de que la revolución era un crimen y de que debían combatir inexorablemente todo cuanto se relacionaba con ella. Su defecto consistía en la obcecación, que no les permitía escuchar los consejos de la prudencia ni de la razón y que perjudicó á la causa que querían defender. Aquella obcecación fué un peligro social, porque con sus manifestaciones excesivas de lealtad á la dinastía borbónica y de desprecio al imperio; con su afán de inventar nuevas demostraciones de entusiasmo y de adulación; con la celebración del aniversario de la toma de París por los aliados, como redención de la tiranía de un usurpador intruso; con la creación de sociedades en todas partes para espíar á los enemigos del trono, descubrir conspiraciones, vigilar á los empleados sospechosos, cuando la delación había llegado á ser patriotismo, los ultra-realistas parecía que porfiaban por ver quién haría más odiosa á la monarquía y á la familia real y quién alejaría más á la nación de una y otra. Lo peor fué que el gobierno siguió el mismo derrotero; expurgó la magistratura y la universidad, llenando las vacantes con clérigos; restableció el Instituto en su forma primitiva; borró de la lista de los académicos los miembros proscritos, y en lugar de aplicar todos los recursos disponibles á la reorganización del ejército nacional, que por razones económicas apenas adelantaba, restableció la guardia de palacio de los cien suizos y la guardia de corps, mandada por el conde de Artois, y formalizó con el gobierno helvético un convenio dispendioso para obtener seis regimientos suizos.

En un solo punto habían cambiado de parecer los ultra-reaccionarios, á saber, respecto de la constitución, antes objeto de su implacable odio. Desde que se vieron dueños de la cámara de los diputados comprendieron que podía servir de instrumento precioso para la consecución de sus planes y que en lugar de destruirla solo convenía trasformarla á su manera, excluyendo de ella todos los principios del año 1789. Con esto la cámara *introuvable* tuvo la honra de salvar la forma parlamentaria del gobierno en Francia, y también debe concedérsele la gloria de haber concluido con el vil servilismo del imperio, porque los diputados reaccionarios descubrieron también que cuando las circunstancias lo hiciesen necesario hasta podía servir la Carta contra el mismo rey. La exclamación del diputado Bethicy: *Vive le roi quand même!* se hizo el lema del partido ultra-realista, y este lema lo mismo podía interpretarse como una sumisión ilimitada al trono que como una imposición al rey por parte de una aristocracia feudal que limitaba su poder. Esta tendencia de la nobleza condujo al resultado singular de que los diputados liberales tuvieran que salir á la defensa de los derechos de la corona. Pronto encontró también el partido reaccionario el secreto de quitar legalmente al rey la facultad exclusiva de proponer leyes, aprovechando el derecho que la constitución daba á los diputados para solicitar del gobierno la presentación de tal ó cual proyecto de ley, que una vez presentado podía la mayoría variar, á fuerza de enmiendas, hasta darle la forma que le conviniera. Los diputados de la mayoría emplearon por primera vez esta estratagema en el proyecto de ley electoral que presentó el gobierno, y que por cierto era tan monstruosamente reaccionario que solo los primeros contribuyentes y los funcionarios más altos del departamento podían elegir á los diputados. Esta ley hacía al gobierno dueño de las elecciones y de la cámara que de ellas resultara, y como esto no convenía á los ultras, modificaron el proyecto de suerte que los propietarios territoriales resultaron los dueños preponderantes en las elecciones, mientras que al rey no le quedó más que el derecho de